

PREMIO ALBERTO LISTA

LA LEYENDA DE PEDRO VÁZQUEZ

CUANDO murió Pedro Vázquez de Maeda, un ángel y un demonio se ocuparon del asunto. El ángel hizo valer que don Pedro había presentado méritos suficientes para el purgatorio, y que no iba a ceder un dedo abajo de sus derechos. El demonio opuso que aquél se había escabullido a última hora mediante una treta sacramental, usando en su provecho los vacíos de la ley divina, como muchos otros pecadores que escapaban en bandadas de su señor legítimo. El enviado del Averno propuso una fórmula que fue hondamente meditada por el ángel. Don Pedro iría al purgatorio, pero regresaría cada año a pasar la Semana Santa en la ciudad. De esta forma, el ansia de lo celeste le haría sufrir tanto, que espolearía la depuración de sus faltas, y a la vez recomfortaría a quienes habían velado sin tregua por su descenso, quedando ambas partes satisfechas. Y, sobre todo, la decisión última sobre don Pedro se mantendría en suspense. El ángel aceptó. Finalmente, cada uno volvió a su morada, el demonio nadando

El escritor Fernando Barón Esquivias ha obtenido, con el relato titulado «La leyenda de Pedro Vázquez», el II Premio Alberto Lista de Narraciones Breves, convocado conjuntamente por la Fundación El Monte y ABC de Sevilla. El jurado del galardón, que en esta segunda edición ha estado presidido por el escritor, académico y Premio Cervantes Francisco Ayala, ha elegido esta obra de Fernando Barón Esquivias entre casi trescientos originales presentados a la convocatoria, cuyas bases recogen la publicación de la narración ganadora. «La leyenda de Pedro Vázquez» es un relato ambientado en la Semana Santa de Sevilla

tiempo, habló con nadie mientras estaba en la ciudad, y no porque lo tuviera expresamente prohibido, sino porque suponía que no era propio de su estado entablar nuevas relaciones. A decir verdad, aunque pasaba la mayor parte de la semana en medio de la multitud, ni siquiera estaba seguro de si los demás podían verle.

Mucho tiempo después, un Domingo de Ramos de los últimos en el siglo de las Grandes Guerras, Pedro Vázquez volvió para disfrutar de nuevo su desusada penitencia. Miró al cielo con aire de entendido: el domingo estaba claro y despejado, casi tirante.

de los adultos viendo los del hombre a la luz temblorosa de los cielos.

Horas más tarde, en la soledad de su cuarto, el jesuita seguía dándole vueltas a la incómoda sensación profesional de que había dejado algo importante por hacer, mientras sonaba la respiración del reloj y empezaban a dibujarse los muebles en la claridad del alba.

Esa noche, cuando se dirigía a la entrada de Pasción, ojeó el torrente humano antes de recordar a quién buscaba. Entonces lo descubrió a pocos metros, detrás de él. Contempló la tristeza de sus hombros erguidos, su silueta diferente, su andadura inexorable, y comprendió que se le iba a torcer la Madrugada, y la vida, si no averiguaba los mo-

El Miércoles, el jesuita estaba en la esquina del convento de la Piedad, y la noche se hizo más tibia cuando los varales de la Virgen de San Bernardo pasaron muy cerca de su rostro, con los costaleros apoyando un pie y luego el otro en el sendero de piedras de los tambores, y el paso deslizándose como una balsa en llamas entre la gente. Entonces intuyó al lado una cavidad de aire dentro del aire que no provenía de las azucenas, donde la mu-



Por Fernando BARÓN ESQUIVIAS



a solas el acuerdo.

Con lo que ninguno contó fue con la opinión de éste. El hombre pensó que no era malo el veredicto que le había tocado en suerte, más aún: pasar un año confinado en una pesadumbre sin sustancia a cambio de siete días de gozo, y además consecutivos, le pareció tan próximo a la vida, que agradeció de veras la sentencia, aunque se fingió muy contrariado, por si acaso los pobladores del cielo fueran hechos a imagen y semejanza de los de la tierra. Esto sucedió el año que Drake atacó la bahía, cuando la plaga de langostas hundió tejados y arrastró vallas, todavía en vida del Emperador. Un año después, Vázquez de Maeda se vio devuelto al mundo, en las gradas del templo mayor, bajo el polvoriento sol de marzo y el olor de la cera. Apretando la emoción entre los dientes, el hombre se acomodó a su destino, con la rara sensación de que era el destino quien se acomodaba a él. Lo mismo ocurrió al año siguiente. Y al otro. En un plazo insignificante para las condiciones del ámbito en que transcurria su insólita vida, don Pedro encontró un ángulo de la situación que dominaba los hechos de un vistazo.

Así fueron pasando los años mayores de Pedro Vázquez de Maeda, cada uno con su semana dentro, y más lentamente, en un soplo que no podían notar los seres humanos, marcharon también los siglos. Nunca, en todo ese

Con un poco de suerte, no habría lluvia en la semana. De golpe sintió gran excitación, un bullir de sentimientos alegres y visiones arrebatadoras, revuelto con algo que parecía fervor. Sonrió, al notar la sangre joven otra vez. Caminaba hacia la iglesia, y caía el azahar de los naranjos como la arena, se escurre de un puño.

El Martes por la noche, un padre jesuita, entre la muchedumbre que aguardaba al Cristo de los Estudiantes junto a las murallas, divisó a un hombre que se le antojó peculiar. Tras un largo examen, y aunque odiaba dejarse engañar por las apariencias, decidió que aquella persona traslucía las maneras palaciegas y la fisonomía de hombre de campo en una mezcla exacta y duradera, común en la nobleza de los pueblos del sur. Era un tipo característico, pero, como muchas cosas as ejemplares, poco frecuente. Un

súbito rumor en torno dis-
trajo al sacerdote: llegaba
el paso de Cristo. Al rato,
cuando volvió a mirar, ya no vio

sica sonaba dis-
tinta y las
impressiones ca-
recían de límites.
Miró a su dere-
cha. El padre se
sintió empujado muy
lejos a través de una
rendija en la memoria,
y revivió la extrañeza
que de niño le cau-
saban ojos



Premio Alberto Lista

tivos de aquel menesteroso. El padre Benjumea era un hombre tenaz. Una hora después estaba sentado con él en un bar, bajo un estreñito de urgencia iluminado por bombillas desnudas. Cuando el religioso conocía la historia de Pedro Vázquez, la mente no ser más joven. Tenía los ojos fatigados de examinar el dolor ajeno y los pernos del corazón doblados de tanto forcejear con las almas del prójimo, y se negó a admitir que había de medirse con un ánima de cuerpo entero hasta que no tuvo más remedio que aceptarlo. Por un momento, cedió a la debilidad de irritarse al considerar lo que se le había venido encima, pero se rehizo de inmediato y puso la mejor voluntad en seguir escuchando. Entonces, haciendo girar el vaso, Pedro Vázquez expuso que no tenía la fe muy creida, y que para no saber nada a ciencia cierta tanto daba cultivar las dudas como observar los buenos modales. El jesuita soltó el aliento muy despacio. Era un hombre de la meseta venido seis años antes. A los pocos meses de su llegada, visitó al Provincial, y sin atreverse, con la circunspección debida, representó las causas de su imposibilidad para seguir apacentando las ovejas más equivocadas de la creación en aquel redil desconcertante. El Provincial, que llevaba tiempo calculando ese nexo, y empezaba a temer que se había equivocado de persona, lo confirmó en su puesto,





aliviado, y se olvidó de él. Pasados seis años, el jesuita creía tener una idea correcta de por dónde les salía el sol cada jornada a sus feligreses, y había ganado un sentido práctico al que no hubiera accedido el joven inflexible y combativo del seminario. Aun así, a veces se hallaba muy cansado de verse requerido por los hombres para solucionar apuros insolubles que se desmoronaban ante las pautas más triviales de la ciencia de Dios, y desaparecían con un poco de amor verdadero. Pero cuando oyó que el espíritu sentado frente a él no reconocía firmemente el Dogma, el padre Benjumea estuvo tentado de buscar otra militancia que reservara burlas menos crueles para sus servidores. El jesuita perdió su capacidad de análisis con aquél bienaventurado que no advertía suficiente prueba de la mano de Dios en su camino, y tan hijo de la ciudad, que no se extrañaba de llevar cuatrocientos años siéndolo.

-Usted guarda todo su perdón para Dios -dijo Pedro Vázquez. Luego le indicó la calle con una seña. -Venga conmigo.

Forjado en las costumbres de su tierra, el padre Benjumea sentía una íntima repugnancia por las de semejante pueblo, empeñado en festejar la tristeza como algo exuberante, y en meter penitencias bajo los aires de danza. Por ello, lamentaba cada primavera no poder abrir los brazos y gritar en los aposentos del Vaticano que las cofradías retozaban alegramente en la blasfemia. Aunque hacia honrados esfuerzos, soportaba de mala gana las licencias

todo quedó en silencio cuando en la primera estación del Gran Poder brotaban lirios del empedrado. Reveló el origen de la marcha más célebre del XVIII, que se olvidó tras el incendio de las Moronas y que Font de Anta compuso de nuevo nota por nota ciento sesenta años después sin saber que era la misma. Decía que nunca se había rezado tanto a la Virgen de la Estrella como el año que bajaron los trovadores de Aqui-

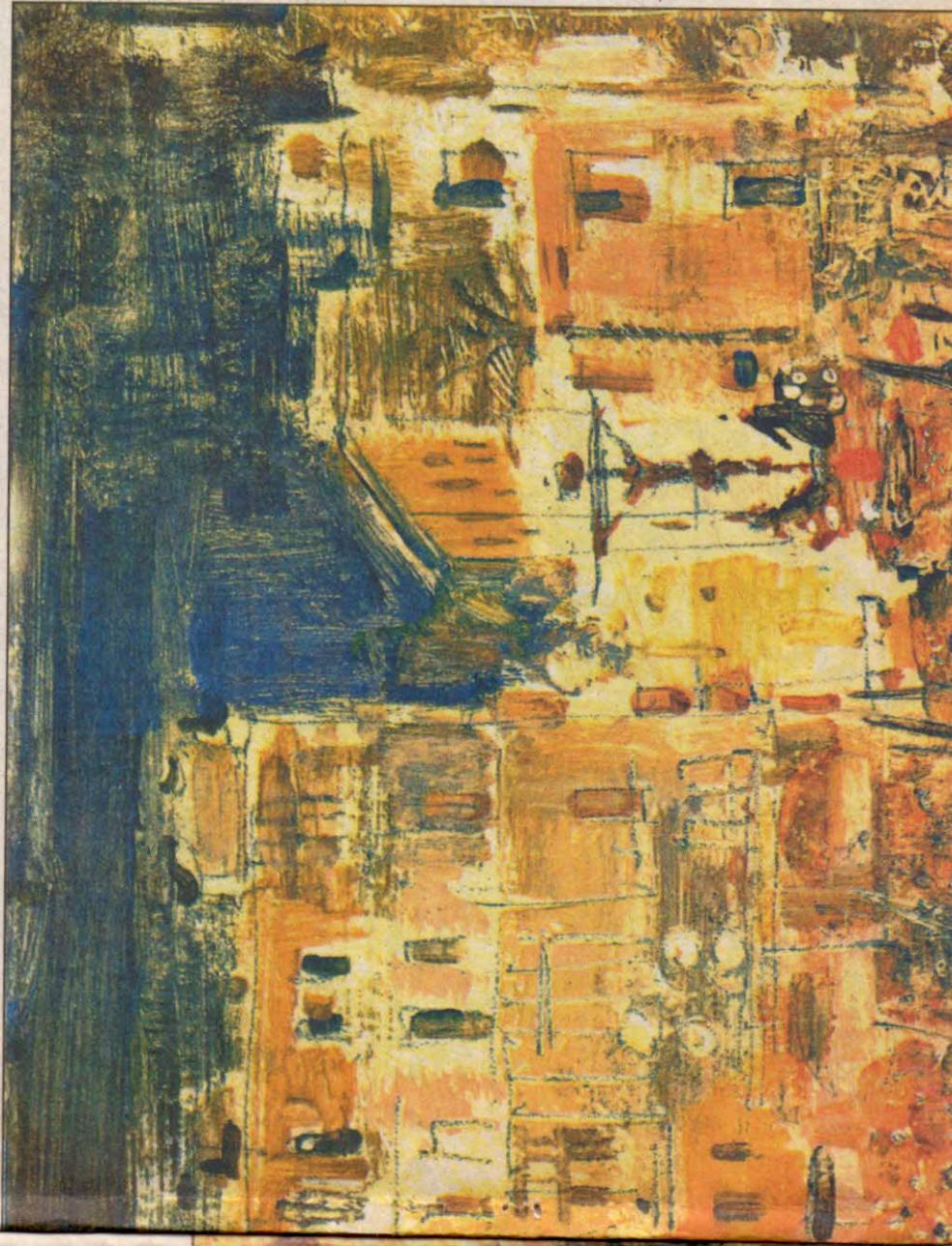
par de sus prejuicios ferreos, el paradero escuchaba absorto los recuerdos de tantos años, algunos todavía comentados en la ciudad con la claridad neblinosa de las leyendas, que sólo entonces, en boca de Pedro Vázquez, cobraron la fuerza sencilla de un testimonio. Rememoró la tarde del Miércoles Santo en la época de la sequía larga, cuando salió la Virgen de la Luz y llovió de un cielo sin nubes. Contó cómo

Salieron del bar y se mezclaron con el gentío que marchaba calle arriba. Don Pedro era un buen conversador, y sus palabras parecían apoyarse en el mismo latir apacible que dirigía sus pasos. Con una fluidez ganada en siglos de práctica, andaba dentro del tortbellino como si fuera un sendero despejado. A pe-

Premio Alberto Lista

riosidad que le torturaba, el padre respetó la omisión, comprendiendo que era un sufrimiento demasiado intenso para mencionarlo. Pero se equivocaba: para Pedro Vázquez, saberse cautivo de un destino tan señalado, tan excepcional, tenía un matiz impropio, molesto, y sólo por pudor evitaba referirlo. Desilusionado, el jesuita comprobó que Pedro Vázquez de Maeda no ratificaría nada más allá de los sucesos del mundo.

Cada mañana, Pedro Vázquez iba a ver los muelles desde el puente de hierro. Siempre que le era posible, el padre le acompañaba para asistir a los trabajos del puerto, un lugar que parecía haber significado mucho en la primera vida de don Pedro. Acodados sobre la baranda, veían llegar los barcos cargados de madera, de cereal, de minerales, y razonaban cuál sería el cielo natal de cada mercancía por la gordura del grano, por el lustre del carbón, por lo rosado en los tablones. Calculaban el tonelaje del Marcoazul y cuántos hombres servirían su máquina, hacia qué tierras zarpara el Pamandabuán, cuántas horas tardarían los cazos de las grúas en vaciar el Areia Branca, y cuál sería el astillero bautismal del que entraba en la dársena según el acento de su sirena. Dejando bajar la mente río abajo, el padre se vela de nuevo en la casa del seminario, junto a la bonanza. Allí residió



various years ago, because the smell of the bodegas and the laughs of the passers-by used to distract him from the divine. Many times during the last twenty years he had reflexed in the summer evenings in the cloister, in the small casetas de colores and the man who used to sell candy to the children. He used to sit by the sea, molar por las vías y lo dejaban moler por las chicharras, en el ruido de las olas que entraba a dormir la siesta dentro del claustro, in the casetas de colores and the man who vendía panaderos por la playa, en las mujeres enlutadas que bajaban a la orilla para verse de niñas en el horizonte de la mar. El padre Benjumea no había vuelto desde aquellos días, y no por falta de ocasión, sino porque temía morirse de la nostalgia. Ambos miraban el río distraídamente, moviendo los recuerdos entre los dedos. Pedro Vázquez hablaba de los bergantines, barcos finos y ligeros como tortolas, en cuyo gobierno parecía intervenir más la luz que el aire, que dejaban una estela fragante de vainilla, almizcle y otras mercancías del nuevo mundo sobre las cienegas de las riberas. Contaba la amargura que fue verlos suplantados por otras naves, rápidas sin duda, pero que nunca llenarían tal pérdida. Y como, poco a poco, surgieron del ingenio de los hombres buques atroces, hechos de hierro, capaces de moverse por su propio pie llevando dentro un oscuro bramido, y no el rumor del agua limpia golpeando los flancos. Eran barcos incompletos, sin velas ni arboladuras, como caparazones, que navegaban empujados por algún sortilegio, desdenando las normas elementales de la mar y las cláusulas del viento, cruzando a buen paso los



incontestable que regía allí mismo, dentro del tumulto. Sorprendido, el padre Benjumea percibió que Pedro Vázquez no extraía de su experiencia una filosofía compacta, una lección suprema que él hubiera utilizado desde el púlpito para común provecho. Sencillamente, don Pedro volvía un año tras otro para ver la Semana Santa. Ni siquiera hizo jamás la menor alusión a su estancia en el purgatorio. A pesar de una cu-

y transcurrió un tiempo de una calidez desconocida por los seres humanos. Sin embargo, Pedro Vázquez afirmaba que, a pesar de lo comovedor de tales prodigios, lo más importante era contener el pulso en este ufano valle de lágrimas para hacer las cosas sobriamente y llegar en buena hora. Recomendó al jesuita mantener una parte de entendimiento detrás de todo, para medir bien el orden simple, la norma

Premio Alberto Lista

Parajes en calma de las ballenas. Al principio, Pedro Vázquez dudó si aquellos fantasmas no serían una parodia que la Providencia hacia de su destino, pero luego la juzgó demasiado vasta como para mortificar a un solo hombre. Finalmente, acabó por tomar afecto a los vapores cuando se mostraron, como cualquier criatura del Atlántico, sometidos a la costumbre inmemorial del naufragio.

El padre se admiraba de oír contar sin solemnidad recuerdos de una vida tan solitaria como ninguna otra, y pasaba muy buenas horas con aquél ser que llevaba su existencia perpetua con el mismo dominio curtido con que transitaba entre el gentío, y que ya estaba a salvo incluso de la veleidad más mundana de todas. Pero luego descubrió compadecido que era al revés: tenía una mujer encallada en el pensamiento. Pedro Vázquez jamás la mencionó, pero la evitaba tan minuciosamente en los meandros de la conversación, que al final fue como si la describiera, y el sacerdote hubiera reconocido los barnices de su voz a través de la rejilla de un confesionario.

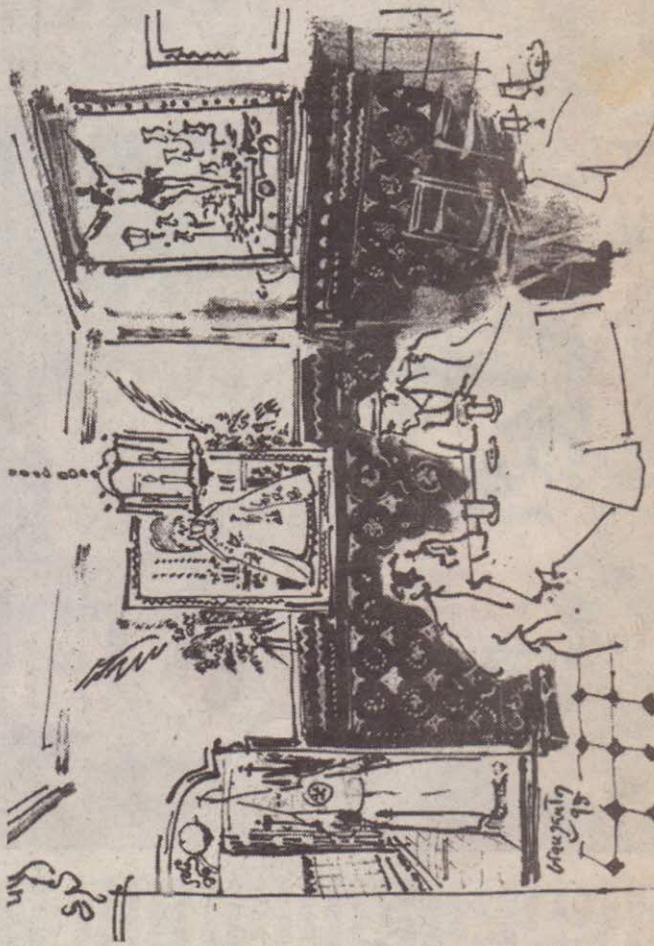
Pedro Vázquez vio pasar al Hijo del Hombre aniquilado en la cruz hasta que dobló la esquina. Pronto subió de la alfombra humana un vaho de murmullos, roto por los penitentes. Pedro Vázquez los miraba ensimismado como un perro ante la lumbre. Empezaba a oír ecos muy remotos en las conversaciones que

sidad cubierta por un paño de luna. Quedaba él solo bajo las palmeras, y se habían apagado los pasos fugaces de una gente que ya no estaba allí. La noche misma parecía pequeña. Pedro Vázquez siguió unos minutos abstraído y después se alejó. Amaneció un Miércoles tranquillo. Pronto el mediodía giraba

llevaban las manos a la cabeza. Pedro Vázquez aguzó la vista en el lugar donde apareció el barco, que venía remolcado por bueyes desde ambas orillas, siguió mirando largo rato mientras hervía el zafarrancho en el muelle, y volvió a sentirse como en una época olvidada, cuando era un joven avizorando un día tras otro el río donde jamás asocia-

maría un barco que dormía sobre los fondos atlánticos, y remontó de nuevo una cabellera morena y unos ojos color de alga que nunca llegaron. Después de tantos años, murmuró otra vez un nombre, que sonó como el olor de un armario cerrado largo tiempo, y trató de levantar el ánimo y marcharse mientras todo se volvía borroso.

Pronto se dirigía por los barrancos de la ciudad hacia un Jueves donde resplandecía el sol desde la edad media. Pedro Vázquez se dejó llevar mansamente en la riada de peregrinos y en el tanido de sus botas, preguntándose aún dónde estaría un amigo de quien por únicas señas sabía que era sacerdote de Ionacio de Loyola v



sonaban alrededor cuando lo

como un milano en lo alto, arran-

sionario. Desde aquél día rezó por él con más ahínco.

Al cuarto año, el padre Benjumea faltó a la cita del Domingo de Ramos. Pedro Vázquez esperó en la penumbra funeral de la iglesia del Salvador, pero ni allí, ni al día siguiente ante el palio del Museo, ni en San Andrés, encontró al sacerdote. En la mañana del Martes don Pedro estaba solo en el puente de hierro. No había nubes, y el calor parecía una secreción pegajosa del río. Vio un barco finlandés que descargaba sacos de abono. Vio un pescador en una barca moribunda echando las redes entre las manchas de aceite. Más lejos, las grúas cabecaban languardamente como jirafas sobre el lomo de un carguero. A las tres, se encamino lentamente hacia la fábrica de tabacos. La tarde tenía un aire de pueblo sobre la avenida. Había más gente que el año anterior por la puerta de Jerez. Entró en la universidad y se quedó en el sitio habitual, cerca de la verja. En ese momento salió la cruz de guía. Se abrió un surco en la hora nona, y los nazarenos empezaron a fluir como un marinal sombrío que invadió la calle y torció a la izquierda. Pedro Vázquez seguía extrañado por la tardanza del padre Benjumea cuando aparecieron los ciriales. El pórtico exhaló una onda de silencio que se dilató sobre la multitud, y entonces el día bajó a los pies del Cristo de la Buena Muerte, y la tierra se puso triste.

empujó una socollada estremecedora, se inflamó la tarde y el palio arrancó por una detonación de música sobre los costaleros, deslumbrados en el atán de buscar uno a uno los travesaños de la marcha para levantar a María Santísima por encima de las miseras de los hombres, con una fuerza tan amaestrada, con una respiración tan suave, que parecía desprovista de realidad. Sintiendo las entrañas llenas de nieve, salió a la acera y echó a caminar por detrás de las filas. Anduvo así largo rato por calles que conocía perfectamente hasta una plaza soleada donde las abejas perdían la razón, acompañando a un palio que flameaba con una ligereza extraña a los modos de tierra firme. Vio gentes muy distintas que parecían la misma persona cuando miraban a la Virgen, y entre ellos vio rostros familiares un poco más gastados en los sitiós de siempre, y detrás vio sitiós más gastados porque faltaban rostros de otros años. Cuando las bóvedas de la catedral resbalaron por lo alto, muy arriba, él se dirigió a esperar junto a la muralla. La noche caía desde las almenas. Estaba otra vez dentro de una multitud serene, bajo una luz como la que tienen los pueblos en la madrugada. La Virgen venía ya dejando una espuma de música, y él no tuvo que pensar en ninguna otra cosa del mundo hasta mucho más tarde, al final, contemplando su propia melancolia en la universidad y se derrumbó un aliento de júbilo contra el coro de los mercaderes milaneses, que se

cando destelló en el hierro viejo de los mercantes. Pedro Vázquez llevaba un rato divertido ante el trajin de los remolcadores, que refunfuñaban pastoreando los barcos grandes de la mar, demasiado bobos como para valerse solos en el río. Poco más tarde, se irguió y se fue paseando hasta bajar al muelle. Examinó los escombros del primer tinglado y continuó sin rumbo fijo, entre las palomas que buscaban maíz en el holillo. Hacía calor. Se sentó en un cajón de azúcar que estaba apartado de los demás, y esperó dibujando con la fusta en la arena grasiesta. Pasaban hombres entre los tenderetes llevando costales de trigo y fardos de cuero, y otros hacían una cadena para cargar aceite, instrumentos y medicinas en la bodega de un baje. Los comerciantes se agolpaban alrededor de un monte de palo del Brasil, y el griterío de las pujas, las voces de los vendedores de sardina y las quejas del ganado se entredaban en una empalizada de mástiles. Pedro Vázquez levantó la mirada cuando sonó una voz con más autoridad que las demás y vio a Per Afán de Ribera saludando al Almirante. De pronto se oyó el aviso de barco, y efectivamente se advinó un galeón a lo lejos entre las brumas del recodo. Todos los hombres pararon en un silencio fervoroso, hasta que fue visible el gallardo y se derrumbó un aliento de júbilo contra el coro de los mercaderes milaneses, que se

que nació en una casa humilde, recostada en alguna ladera de la sierra de Nafria. Por el momento, eso no importaba: llegaba una madrugada más amplia que el universo, y se encontraba con los redanos de siempre para meterse en la trabajadera de su soledad. De repente, se sintió muy cansado, llevaba tantos siglos pensando en ella, con un dolor continuo, como una lluvia. Sufría un temblor profundo en el lugar donde los hombres tienen el corazón, y se detuvo un instante en la acera, pero en seguida reanudó la marcha.

Entonces tuvo el desvanecimiento. Por segunda vez en su existencia pudo ver al ángel: era el mismo que canceló la peste en un sueño que tuvo de niño, y ahora traía también noticias venturosa. El tiempo de la expiación había terminado. Su penitencia había rebasado por fin todos los acontecimientos, y el ángel venía para conducirlo a su residencia definitiva. Se habían cumplido las fechas.

Pedro Vázquez comprendió lentamente sus palabras entre el rumor de la música lejana, que sonaba como el mar detrás de las dunas. Pensó un momento en todo. Sintió que se le subía la gratitud por la garganta, y descubrió lo que había esperado tanto tiempo sin saberlo. Luego miró al ángel.

-Yo estoy bien así -dijo.

Después de decir esto, continuó su camino.